

*A la memoria de mi padre, Francisco Bescós Olaizola.*

*Man contracts a series of diseases which  
spell out a code message...*  
William S. Burroughs. *Naked Lunch.*

También tengo otras ovejas que no son de este  
redil; también a esas las conduciré y escucharán  
mi voz; y habrá un solo rebaño, un solo pastor.  
Juan. 10:16.



# 1. MIÉRCOLES SANTO

11:00

Hay un perro flaco que husmea por la vereda. Tiene calvas a lo largo de todo el lomo. Algunas dejan ver retazos de piel enrojecidos, sanguinolentos, abruptamente moldeados por los huesos de las costillas. Pelo color ceniza. Es feo, el perro flaco, asco de perro flaco. Escarba con la pata de delante en la superficie sin pavimentar. Olisquea aquí y allá: una lata oxidada de Fanta, un retrovisor, una bola de papel de aluminio. Escoge por fin un cono naranja tumbado en la cuneta, relleno de barro, y orina sobre él. Levanta una pata, más lastimera que insolente. Expulsa su líquido amarillento. Uno lo imagina preñado de orina, como si sus entrañas no pudieran contener nada más que amoníaco y desperdicio.

Roque observa al animal desde una desvencijada silla de playa que cruje. A dos pasos yace una piedra. Siente una necesidad casi irrefrenable de lanzársela al perro flaco: menea su cola por el aire, esparciendo partículas de sabe Dios qué, y la piedra ahí, a solo dos pasos, tan adecuada. Pero es más grande la fuerza que sujeta a Roque a su asiento: no va a levantarse por un perro flaco de mierda. Ya será mañana cuando pruebe puntería, sin más intención. Porque

a Roque no le molesta especialmente su presencia. Aparece por ahí, el perro flaco, de tanto en tanto. Y unas veces le tira un mendrugo de pan y otras una pedrada. Roque actúa por puro instinto, como eligiendo dónde va a orinar. No hay voluntad que le lleve a más.

Roque se estira un poco contra el respaldo que emite un sonido suplicante. Bajo su peso de polilla siente cómo se resquebrajan algunas costuras. Últimamente todo funciona así. Mira a su alrededor, el pequeño universo que le rodea. Más parece una fosa común que un hogar. A su espalda se levanta un chalet de dos pisos bajo lo que queda de un tejado a cuatro aguas. No se acuerda de cuándo empezaron a desprenderse las tejas ni de por qué no las arregló. Pero su cabeza no marcha tan mal: aún puede recuperar algún que otro recuerdo de cuando compró la casa. Una casa estupenda donde vivir y tener cuatro hijos y un perro de raza, de pelaje brillante y con pedigrí. Fantaseó con aquello durante cinco minutos, justo después de que le dieran la llave. Césped fresco y recortado. Vallas enhiestas camufladas bajo espléndidas parras. «Este es un buen sitio para hacerse una piscina», le sugirió el vendedor, señalando una parcela en la parte trasera. Y a Roque le pareció bien, pero nunca la mandó construir.

Le gustó la soledad. El único defecto reside en el camino de acceso sin pavimento: solo una vereda de gravilla y barro que da bien por el culo los días de lluvia. Pero a cambio es discreta. Se encuentra a unos dos kilómetros de la carretera general entre Calahorra y Arnedo, sin ningún conductor a la vista, sin ningún otro vecino que pueda meter las narices. Sin «¿tienes algo de azúcar?». Sin «he pinchado, ¿puede ayudarme a cambiar la rueda?». Los cultivos constituyen, aparte del perro flaco, el único ser vivo notable que rodea la casa. Kilómetros y kilómetros de huertos, frutales y viñedo

que se extienden en todas direcciones. «Es perfecto», dijo al vendedor. Y ahora sigue siendo perfecto: las vallas que cuelgan sobre sí mismas enredadas en ramas de parra podrida; los terrones secos, oscuros, que sustituyen al césped; los restos de desguace desparramados en el lugar donde un día se soñó una piscina.

Roque se arroja bien con una manta porque siempre tiene frío. Sale un rato al porche todas las mañanas hasta que despierta. El perro flaco se aleja por el camino haciéndose el simpático. Ignora que se acaba de ahorrar una nueva costra que lamer. El día está despejado y el sol ya alto. En realidad es tarde, pero Roque vive ajeno a las manecillas del reloj desde hace meses. El perro casi se ha perdido de vista. Un poco más allá, un cambio de rasante en el camino. Tras él una pequeña nube de polvo. «Pronto vienen hoy, los hijos de puta», piensa Roque ante la perspectiva de tener que izar sus cuatro huesos. Unos segundos más tarde, la nube se convierte en un coche que rebota con torpeza en cada bache. Roque se niega a abandonar la silla hasta que frena prácticamente en sus narices.

Del coche se baja el Antoñito, la joya de la familia de la pescadera. Pero también un chaval al que Roque no reconoce: debe pesar sus ochenta kilos y aún está fuerte. Le sonríe con un esmalte casi blanco. Sin duda se trata del dueño del coche, al menos por ahora. «Este no lleva mucho en el lío». Es joven. Apenas mayor de edad. El Antoñito por el contrario parece haberse estado desayunando sus propios dientes renegridos los últimos años. Un palo largo y polvoriento de huesos bailarines con media melenilla pegada al cuello. Aún más ligero que Roque, a pesar de que le dobla en estatura.

Antes Roque despreciaba a su clientela, en los buenos tiempos, cuando compró la casa. Se acercaban a pie por el

camino, a veces en grupos de hasta diez. Aquello parecía una película de zombis. No le gustaba tener que tocarles y evitaba estrechar la mano de aquellos que se la tendían. No soportaba esas manos nudosas, uñas sucias de sangre seca. Caras envasadas al vacío y cuerpos como vainas oscuras. Dejó de preocuparse por aprender los nombres de todos los que venían: acababan en la cárcel o muertos. Quién lo iba a decir: se tuerce la cosa y Roque termina convertido en un nuevo secuaz de la horda de muertos vivientes. «¿Dónde tienes el Audi?», le preguntó un día uno con un poco más de cabeza que los otros. «Ya no hay Audi», contestó Roque bastante jodido.

—Vienes pronto hoy —le dice al Antoñito, que tiembla.

—Vengo aquí con el Maru, ¿lo conoces? —y el Maru saluda tímido a su espalda—. A ver qué nos puedes pasar.

—Está la cosa mala —Roque habla ya casi como ellos, paladeando, moviendo los labios despacio, muy despacio, pero no tan despacio como salen los pensamientos de su cabeza.

—Venga.

—Está la cosa mala —la cosa no está mala, pero es norma del negocio hacerse de rogar.

—¿Tienes uno?

—Te puedo pasar medio. Tengo apalabrado lo demás.

—Nos vale.

—Vamos adentro.

La silla de playa se estremece bajo los cincuenta y ocho kilos de Roque. Todavía no alcanza la delgadez del Antoñito. Pero no tardará mucho. Casi no recuerda lo que es comer. Algo imprescindible para seguir con vida, quizá. Recorren sin hablar los pocos metros que los separan de la entrada, ratones titilantes buscando queso en un laberinto. En la puerta del porche hay instalada una persiana de seguridad,

como en las tiendas. Siempre la mantiene cerrada, incluso ahora: una costumbre tomada de los buenos tiempos. Roque saca la llave para retirar el candado.

—¿No te acuerdas de mí, de verdad? —pregunta el Maru, echándole mucho valor.

Roque lo mira atentamente, durante un buen rato, dejando que su cerebro procese. No hace dos cosas a la vez. Le clava los ojos porque sus ojos se clavan, inorgánicos como cuchillos de acero inoxidable. Ni brillantes ni acuosos. El rostro del Maru refleja una laxitud de pensamientos que a Roque le preocuparía si le importase un carajo.

—Yo a ti te daba unos euros por vigilar... cuando estaba allí en Cadreita. Y nunca tuve que arrearte un capón. Ya estás hecho un hombre. Bienvenido, pues.

Al Maru le decepciona el frío recibimiento. Recuerda a otro Roque. Él no debía haber cumplido los quince cuando le avisaba si aparecía la autoridad, en el *Pub* Nicolás de Cadreita. No solo le echaba unos euros a cambio: le invitaba a cañas, a tabaco. A una raya de vez en cuando. Y además le buscaba para el fútbolín, porque Roque se apañaba bien en la delantera y el Maru defendía. El otro Roque, el de antes, era hablador y vital. Un cuerpo de gimnasio. Siempre disponía de una respuesta para todo, una forma de hacerte callar y dinero en la cartera. No dejaba pasar un día sin pagar una ronda y fiaba *speed* hasta a las calaveras. Por un porcentaje podía ejercer su negocio en uno de los pubs del pueblo. Había beneficios para él y para el dueño del establecimiento. Fueron años de Tour de Francia en la televisión, mus en la mesa, risas en la barra, bolas extra en el petaco. Todos los viernes venían chavales de los pueblos de alrededor, de Calahorra, también de Arnedo y hasta de Logroño.

A Roque se le respetaba. No solo porque podía darte dos hostias sino porque además era noble. Pero un día, Roque no

quiso jugar al fútbolín. Le acompañaba una chica morena, ojos al óleo, pendientes que tocaban el cuello. Uno de esos pantalones con los que no se puede llevar bragas. Su camiseta demostraba que era verano. Trazos circulares tirados a compás, puro cemento.

Todos querían follarse a Lidia. A ella le atraían cosas más concretas. Y Roque alardeaba de tenerlas. Por eso se propuso hacerle perder la cabeza. Roque estaba loco por ella, se acabaron los tiempos en los que vivía para sus amigos. Se acabó el pagar las rondas, las cervezas, los canutos. Iba al Nicolás como quien acude a diario a la oficina. El negocio funcionaba muy bien. Paseaba a Lidia en un Audi descapotable. Por el momento fue suficiente para ella. Estaba contenta.

Un día Roque decide que su negocio necesita un giro. El hachís y el *speed* son para principiantes. Todos sabían lo que Lidia opinaba: el dinero está en la coca y la heroína. Así fue como Roque conoció a Fernando Rosas.

Ahora que el Maru se fija en él, lo único que parece conservar de aquella época es la mala hostia y el pelo. Un pelo abundante, para suavizar los ojos vítreos, siempre engomado como un chico bueno. Y también las manos, sí, ahora viéndolas resultan delicadas, repletas de dedos rechonchos que juran en falso no haber hecho mal alguno. Roque entra a la casa por delante del Maru y Antoñito. Casi todas las persianas se encuentran bajadas. Poca luz. Olor a moho que desciende por las manchas de humedad de las paredes. En un esquina, una gotera que golpea insistente un cazo oxidado. Un molesto ploc, ploc, ploc. Y ni siquiera llueve. Las huellas de los visitantes se imprimen en el polvo sobre tantas otras. El suelo del salón se muestra desnudo, sin parqué. La chimenea ha dado buena cuenta de él, pero al menos hace calor.

Un tablero sobre dos caballetes ocupa el centro. Un altar.

Encima se dispersan varias bolitas pequeñas, saquitos del tamaño de un garbanzo fabricados con bolsa de supermercado. Roque toma uno y se lo tiende al Antoñito.

—Toma el pollo. Si queréis ponerlos aquí, sabes que son veinte más.

—¿Tienes veinte más? —pregunta Antoñito al Maru.

Este echa mano al bolsillo y saca unos cuantos billetes arrugados. Los cuenta una y dos veces.

—Toma.

—Venid.

Los guía por un pasillo negro: un pozo horizontal en el que el olor a humedad queda sustituido por un preocupante tufo a cañería atascada. Al final, una habitación tras una puerta que se apoya en el quicio fuera de sus bisagras. La suciedad le da un respiro a este pequeño cuarto. O quizá es que se esfuerzan por limpiarlo una o dos veces al mes. Un par de colchones en el suelo, un armario con frascos de alcohol, jeringuillas nuevas, algodón y un mechero de mesa.

—Antoñito, si quieres cagar, vas al baño: la puerta de enfrente. Como te cagues en el suelo te juro que te comes la mierda. Va por los dos.

Aunque ese Roque ya no es el otro Roque, el de antes, al Maru se le antoja recomendable cumplir esa norma. El Antoñito no pierde el tiempo. Para cuando su anfitrión se ha largado, él ya ha encendido el mechero y anda en busca de una cucharilla. Tiembla mucho. Su compañía no resulta agradable. Maru se sienta a su lado con afán de aprender y poder venir solo la próxima vez. Así no tendrá que invitar a nadie.

Roque nota una pequeña náusea, como todas las mañanas. Quiere volver a sentarse en su porche a respirar aire fresco. Aún es muy pronto para una dosis. Prefiere la ansiedad a tener que compartir habitación con esos dos. Al salir, el viento frío del norte le alivia y, como si le hubieran arran-

cado las mejillas, le provoca una sonrisa. La primera de la semana. Una sonrisa que pronto desaparece.

Por la vereda, pasado ya el cambio de rasante, una nueva nube de polvo viene hacia él. Otro coche. No le van a dejar en paz. Debería alegrarse por el dinero. Pero le da igual. Sus ojos atraviesan el coche que se acerca. ¿Quién es? Le resulta familiar. El disgusto se vuelve preocupación. Y pronto terror.

El coche ya se encuentra a cien metros. Avanza bastante despacio. Aún así, el tiempo escasea. De pronto Roque se ve capaz de moverse como un animal. Sus músculos no han sido del todo corrompidos. Recoge la manta y la silla de playa y se arroja dentro de su madriguera como un conejo. Baja la persiana de seguridad. Sus delgadas muñecas le permiten colocar el candado desde dentro. Quizá así piensen que no hay nadie. Que se ha ido. Que se ha muerto.

Se aleja de la puerta. Escoge apresuradamente un lugar oscuro junto a una ventana con el marco desvencijado. Desde ahí puede ver sin ser visto. Un BMW serie 7, de color violeta. Modelo viejo, de los años noventa. Se ha detenido junto al Opel del Maru. De la puerta del conductor se baja un tipo pequeño de unos cuarenta años. Pelo crespo y largo, abultado. Roque traga saliva. Pero le preocupa más su acompañante, de uno noventa de estatura, muy bien vestido con un traje gris.

—Su puta madre, el Ulises —masculla Roque.

El conductor melenudo saca un revolver de debajo de su tres cuartos de cuero. A Ulises no le hace falta. De momento. Se acercan a la puerta. Puños estallan contra la persiana de seguridad.

—Roque (*Goque*), abre (*abge*) la puta puerta (*puegta*) —grita Ulises.

Defecto de nacimiento: por mucho que Ulises lo intenta, el sonido más parecido a una erre que consigue extraer de

sus labios consiste en algo similar a una ge enriquecida por una tímida vibración de la lengua. Nadie se ríe de él por eso.

—Abre (*abge*) la puerta (*puegta*) o te jodo la casa a patadas.

Los asaltantes se alejan de la entrada y se separan. Circundan el chalet para comprobar si no hay una luz encendida, un ruido. Roque recuerda a Maru y al Antoñito. Ya harán poco más que reptar como babosas sobre el suelo de la habitación. No cree que puedan emitir el más mínimo sollozo audible. Sobre todo si Ulises no se calla.

—Te vas a cagar si me tomas por tonto. Fernando Rosas (*Gosas*) quiere verte muerto. He sido yo quien le ha dicho que te dé unos días. Porque vale más el dinero que le debes que tu mierda de vida de yonqui. Abre de una puta vez. Queremos el dinero. Ah, ¿no quieres abrir? ¿Te pones chulo conmigo? Bien, vamos a ver por cuánto tiempo.

Ahora Ulises sí que desenfunda el arma. A grandes zancadas camina hasta el BMW. Desaparece por un ángulo fuera de la vista de Roque. Pero el sonido de una voz femenina le cuenta todo lo que no puede ver. Roque está derrotado. A fin de cuentas puede que tengan razón y que su mierda de vida de yonqui de mierda no valga ni un céntimo.

Ulises vuelve a entrar en el campo de visión que abarca la celosía de Roque. Arrastra a una mujer por los pelos, pajizos y pobres. La mujer se va quejando, pero no suelta una lágrima.

—¡Roque, sal, por favor! —grita Lidia.

—Si no sales le reviento (*gueviento*) la rodilla, y sabes que lo haré. Nadie se iba a preocupar.

Se lo piensa. Si sale, ¿hay posibilidades de que los maten a los dos? En realidad, él nunca ha visto a Ulises matar a nadie. Nunca, que él sepa, se ha dado esa circunstancia. Todos temen demasiado a Fernando Rosas como para llegar a ese punto. Se le obedece antes de que llegue a cumplir

las amenazas. Ulises más parece todo fachada. Todo boca. Algunas veces duda de su dureza.

Los pensamientos de Roque quedan interrumpidos. La explosión. Un disparo. Una ráfaga de viento pasa llevándose consigo el humo. Se mezcla con el polvo de los viñedos el olor de la pólvora. El día sigue siendo hermoso y frío. El disparo se ha quedado enterrado en el suelo. No ha herido a nadie. Pero ha convencido a Roque.

—La próxima bala se la meto en la rodilla.

—Vale, vale. Salgo —dice Roque mientras abre la puerta.

Con los brazos recogidos alrededor de su cuerpo se acerca a pasitos que apenas le hacen avanzar. En cuanto se encuentra a su alcance, Ulises le rompe la cara con el cañón de la pistola.

—¿Dónde tienes el dinero?

—No tengo el dinero.

—Que dónde tienes el dinero.

—No tengo un puto euro, joder.

—No tienes un puto euro.

—¿No has visto cómo vivo?

—Solías vivir muy bien.

Tras Ulises, el conductor del pelo largo está muy tieso, circunspecto. Roque también lo conoce: se llama Chus. Nunca le ha oído hablar, ni siquiera cuando estaba a buenas con Fernando Rosas y le contaba chistes. Parece un poco incómodo.

—Chus, mira dentro de la casa a ver qué encuentras.

Y Chus obedece, aunque Roque sabe que no está obligado a hacerlo: Ulises no es el jefe.

Ulises suelta el pelo de Lidia, ella se abraza a su novio. Le limpia la sangre de la cara con la mano. En estos años también ella ha cambiado. Ahora ya nadie se la quiere follar. Ha quedado reducida a un saco de huesos y su culo no rellena

unos vaqueros de la talla veinte. Dos lenguados rancios se descuelgan sobre su abdomen. Roque la quiere y le devuelve el abrazo acariciando con la mejilla el cabello mísero.

—¿Por qué sigues enamorado de esta guarra (*guaga*) yonqui? ¿No sabes a lo que se dedica por ahí? Un poco de dignidad, hombre —Ulises hace una pausa—. Más te vale que Chus encuentre algo de dinero ahí dentro.

Pero Chus no encuentra nada de dinero ahí dentro. Sale empujando a Maru y al Antoñito, que hace mucho ruido al cruzar la puerta porque se pega en la frente con la persiana metálica. Incapaces de abrir los párpados. Parecen pasas secas, más muertos que dormidos. Chus descarga los dos despojos a los pies de Ulises. A su lado deja caer diez saquitos de medio gramo cada uno. Todos los que había sobre la mesa del salón.

—¿Con qué dinero has comprado este jaco?

—¿Cómo quieres que consiga lo de Fernando si no puedo vender caballo? —se atreve a contestar Roque—. No conozco otra forma.

—Pues ya puedes ir buscándote otra. Más rápida. Volveré dentro de una semana. Nos darás una buena parte de la deuda. Por cierto —continúa señalando al Maru, que disfruta de un sueño tierno—, ¿sabes lo que te hará Fernando si se entera de que le estás vendiendo droga a su sobrino?

Roque se deshace en un rictus débil imposible. Aprieta los dientes. Ahora sí que la ha jodido.

—Me cago en la puta, Ulises. No lo sabía. Te juro que no lo sabía. No tenía ni puta idea.

—Fernando te matará como a una rata (*gata*). Estoy pensando en si debería contárselo.

—Por favor, no se lo cuentes. Haré lo que quieras. Te daré lo que quieras. Cuando recupere el negocio tendrás barra libre, lo que quieras.

—¿Tú qué te piensas? Me importa una mierda la droga. Me darás dos mil.

—Venga pues, Ulises, claro. Lo que tú quieras. Lo que tú quieras.

Los ojos de Roque quedan grapados a la imagen del BMW que se aleja por la vereda. Lidia está sentada con él en el suelo. Ambos ausentes, mudos. Los dos cuerpos tirados junto a ellos, el Maru y el Antoñito, hacen poco más que respirar. El Opel aún sigue ahí. Y el perro flaco asoma la cabeza desde el fondo de una zanja, a un par de cientos de metros. De pronto Roque reacciona. La droga. Los saquitos. No se los han llevado. Los recoge uno a uno como si fueran sus dientes. En cuanto Lidia adivina sus intenciones empieza a imitarle. Ambos entran en la casa de prisa. Sin pararse a hablar. Sin limpiarse la sangre. Hay algo más importante que hacer. Algo que los reclama con más ímpetu que la propia supervivencia. Una pulsión de muerte ineludible. Cruzan el pasillo oscuro. Retiran la puerta de la habitación.

—¡Qué hijo de puta! —grita Roque. Antoñito se ha cagado en el suelo.

—Da igual —contesta Lidia mientras empieza a deshacer el nudo del primero de los saquitos de heroína—. Hoy no importa.

11:00

A la gente le caen bien las cigüeñas. A la teniente Lucía Utrera no. Se mueven indiferentes, como criaturas frías. Desde sus círculos de aire, todo lo ven. Desde sus atalayas, sus chimeneas, campanarios, tejados, no pueden ser ajenas a nada. Pero eso no les importa. La altura les sirve para

encontrar el sapo indefenso, el pescadito varado, la lagartija coja. El blanco de las plumas las esconde cuando el cielo está pálido, que es cuando menos cielo parece. La teniente Lucía Utrera no percibe buenas sensaciones al contemplar las cigüeñas desde el escritorio de su despacho, al otro lado de la ventana, justo detrás del acuario donde nadan alegres quince peces de colores. Eso sí le gusta a Lucía, sus peces. Predecibles, sencillos. Un sistema perfecto, armónico. La pecera le transmite pensamientos pacíficos, pura álgebra. El *Norte* había sido una fosa abisal oscura y negra donde no llegaba un rayo de sol, donde la presión reventaba los pulmones, donde se podía tener un monstruo a dos centímetros sin percatarse, donde perseguir un bello puntito de luz cárdena, que se mueve simpático en la oscuridad, podía hacerle a uno caer en unas fauces afiladas.

Madrid había sido un arrecife coralino, donde miles de criaturas inocentes buscaban refugio entre las rocas; las anémonas acechaban a todas ellas, excepto a las que habían aprendido a adaptarse a su veneno; los tiburones patrullaban por las noches, las morenas se escondían largas en agujeros de apariencia inofensiva.

Pero Calahorra es una pecera. Un acuario con sus *goldfishes*, con su buceador de goma, con su cofre que suelta burbujas. Las peceras resultan previsibles: si echas comida, los peces comen; si no lo haces, algunos nadan errantes, otros emprenden luchas contra los cristales para buscar un camino oculto. De vez en cuando, compiten por el alimento: algunos abusan y devoran lo que corresponde a los débiles; entonces Lucía debe intervenir y hacer que todos tengan lo necesario para la supervivencia.

¿Qué ocurre si colocas una cigüeña al lado de un acuario? Introduce en el agua un pico fuera de lugar para ese mundo. Bate la superficie. Los peces no pueden compren-

derlo, se agitan con nerviosismo. Si pudieran entender, solo les cabría rezar para que la presa fuera otra. La cigüeña extrae algún pescadito, poca pieza, poca cosa para ella. Una vez se haya saciado, volará lejos, volverá a las alturas, a observar.

Dicen que los peces de colores tienen una memoria de pocos segundos. Cuando la cigüeña se haya marchado, volverán a comer, a nadar, a chocar contra el cristal. Olvidarán el pájaro. Tal vez echen de menos a algún compañero. O no: ¿pueden asegurar que alguna vez hubo un compañero? Y, la cigüeña, ¿puede asegurar que la pecera era algo más que un recipiente lleno de comida?

El despacho de la teniente Lucía Utrera está tan viejo como el resto de la casa cuartel. Largas grietas recorren el perímetro de unas paredes enmohecidas, incluido el techo. El yeso se empieza a desprender a grandes pedazos donde primero hubo pequeñas picaduras. Una mancha de humedad le hace extrañar su tierra: tiene la forma de la provincia de Córdoba. Por toda decoración solo queda un retrato del Rey, que ya se encontró ella. También la foto de Bernard, con Claudia y Marcos, y una imagen de su jura de bandera a pleno sol, lleno de brillos el objetivo. El escritorio se muestra pesado y robusto. Sentarse tras él no le hace parecer a ella, por comparación, menos pesada y robusta. Se trata de una mujer grande, de hombros excepcionalmente anchos y cuello corto sobre el que siempre lleva recogida una media melena negra y rizada. Su rostro, por otro lado, luce agradable, limpio de formas y amable de gestos. Para llegar a ser teniente en la Guardia Civil y dirigir una casa cuartel de importancia, una de las cosas que más trabajo le ha costado a Lucía ha sido endurecer esos rasgos faciales. Lograr demostrar enfado en el momento oportuno. Como ahora. Al otro lado del escritorio, sentado con la espalda muy recta,

hay un guardia joven de ojos compungidos. Largo y fino. Medirá un metro y noventa y cinco centímetros, pero es posible que no pese más de ochenta kilos.

—Ramírez, Ramírez, Ramírez —repite ella con un duro acento cordobés, que recorta y licua la última zeta del apellido de su interlocutor. El Ramírez en cuestión palidece. Ha oído hablar de la severidad de la nueva teniente y hasta ahora no ha tenido oportunidad de experimentarla.

—Nunca jamás en toda mi vida —sigue la teniente— había escuchado una historia como la que su sargento me ha contado. Dígame que no es cierta.

—No puedo hacer eso, mi teniente.

—Así que es cierta.

—Sí mi teniente.

La teniente, con la mirada fija en unos papeles que tiene sobre la mesa, hace esfuerzos por conservar su registro grave. En verdad nunca jamás había escuchado un suceso como el que discuten.

—Se le encomendó la difícil, emocionante y extrema tarea de traer a la dependencia un coche del taller. Uno de los Megane del cuerpo.

Ramírez no está muy acostumbrado a la ironía. La percibe como una forma extrema de sancionarle. Nunca creyó que tuviera que pasar por esto, con las altas notas que obtuvo en su examen de ingreso. Él, un muchacho sesudo, inteligente y operativo. Quizá le cueste un poco hacer valer su autoridad, un problema que la inmensa mujer a la que se enfrenta nunca tendría. Pero conoce sus defectos y cree tenerlos bajo control. Al menos hasta que ocurren cosas como la de ayer.

—Yo ya he leído el informe. Pero quiero escucharlo de su boca. ¿Me dice por qué sus compañeros que hacían la patrulla le encontraron en el polígono de las prostitutas?

—Mi Teniente. Lo primero que quiero decir es que, me

crea o no, yo no sabía que en esa zona se concentra un alto nivel de prostitución. Acabo de incorporarme a la casa cuartel y...

—Ramírez, habla como los informes oficiales. Relájese.

—Mi teniente, yo podía estar un poco alterado. Pero ni estaba borracho ni presentaba síntomas de estarlo. Y no era *whisky* lo que llevaba en la botella de plástico.

La teniente apoya los codos sobre el escritorio y echa el cuerpo hacia su interlocutor. Ahora se reclina hacia atrás y el respaldo de la silla cruje ante el advenimiento de su poderosa espalda. No es obesa, es simplemente grande, un cuerpo rectangular y sólido y alto. Se queda observando a Ramírez. Juntos parecen una película de Abbot y Costello. «Abbot y Costello Guardias Civiles», piensa Lucía. Suena la puerta con tres firmes golpes de nudillo. Se escucha una voz marcial desde el exterior.

—¿Da su permiso, mi teniente?

La teniente da su permiso. Aparece un hombre pequeño y fibroso, el aspecto de sufridor voluntario que tienen los montañeros que suben el Everest o los corredores de maratón. Cuando entra y ve a Ramírez, no puede evitar contar un chiste con la mirada. Pero las cejas repentinamente entornadas de la teniente le invitan encarecidamente a comportarse.

—Disculpe, mi teniente.

—Dígame, sargento Campos.

—Me pidió usted que le avisara cuando llegase el informe de balística.

—¿Ya lo tienen? Vamos a verlo —luego se centra en Ramírez—. No sé qué hacer con usted, Ramírez. Me parece demasiado ingenuo como para expedientarle. Pero nos ha puesto en ridículo a todos, sobre todo tal y como estamos, con el pueblo invadido. Si se entera la prensa, imagine. Déjeme que me lo piense. Se lo haré saber.